

EL PADRE QUE ME HA VISTO CRECER

Aquí ante Ti estoy, Padre. Callado estás para dejarme hablar a mí. Tú bien sabes que soy persona muy habladora pero, que sin embargo, en los momentos más especiales, significativos y trascendentes que he podido vivir, no suelo expresarme con demasiadas palabras. Llegados a este punto debo confesarte que me he quedado de piedra al toparme con un dilema que yo no esperaba encontrar y que si se llegara a saber, nadie creería. Pues bien, he aquí el problema: no sé muy bien cómo hablar Contigo. Acabo de ser consciente de que casi nunca lo hago. Tú y yo nos decimos muchas cosas, pero nunca con palabras. Nuestras conversaciones suelen entablarse a través de miradas. Cuando me acerco a verte, son tus ojos los que me hablan, los que me dicen que no esté triste, que sea fuerte, que al final todo pasa. En otras ocasiones, siento que conmigo te alegras y en otras, que debo saber esperar y tener confianza. ¿Cómo es posible que no hablemos y siempre sepas exactamente qué es lo que me pasa? ¿Cómo con esa mirada tan dulce y serena puedes transmitirme tanta tranquilidad y decirme que me entiendes, que me cuidas y que de mí nunca te apartas?

Y es que Tú eres un Padre atento y amoroso, un Padre al que siempre encuentro hasta cuando no lo busco. Eres el Padre que me ha visto crecer en su casa con una gran familia llena de hermanos. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo, porque hasta hace nada, yo era la niña de Mari Pepa, la del despacho de pan y dulces. Recuerdo cuánto tiempo pasaba en esta casa: ensayando con el coro de D. Bosco, con Macedo en el teatro o simplemente por aquí, haciendo lo que fuera o incluso sin hacer nada. ¡Cuántas personas en mi alma y mis recuerdos! A todas y a cada una de ellas si pudiera, les daría las gracias. ¿Por qué? Pues por dejarme formar parte de esta familia y por tantas historias pasadas que forman parte de mi vida y mi memoria, de mi ser y de mi alma.

De esos primeros años, todo lo recuerdo con alegría y cariño: los compañeros de coro y de teatro, a Merino siempre con sus cosas, la risa contagiosa de Pepita Zabala cuando disfrutaba viendo nuestras obras de teatro y las letrillas de canciones y poesías antiguas, junto con anécdotas de tiempos pasados que siempre nos contaba. También recuerdo a Gabrielito con su canasto, al que nos gustaba poner a prueba preguntándole de qué día celebrábamos el santo. Y de Aurelio, persona seria que no faltaba nunca a ninguno de nuestros actos en esta hermandad.

Yo siempre intentaba estar presente en todo. Recuerdo que la primera vez que vestí túnica de nazarena para acompañarte, me costó trabajo. No quedaban túnicas en la hermandad, pero intervino María y finalmente se hizo realidad mi sueño. Es de esta manera como comienza mi vida de hermana. Me encantaba estar por aquí y que todo el mundo me conociera y tuvieran siempre para mí unas palabras. Me sentía muy importante y alucinaba cuando Juan, tan querido por todos nosotros y tantos años prioste en esta casa me decía: - ¡Chica! Coge esa jarra y toma este trapo y hasta que no huela a ajo no se para. Y yo, inocente de mí, para comprobar si ya estaba bien limpia hasta la olía cuando nadie miraba. No me podía creer que me confiaran aquellos enseres tan delicados e importantes. Cuando ya tarde nos despedíamos hasta mañana, tenía que escuchar a mi padre con la misma pregunta: -Niña, ¿dónde andas? ¿otra vez en la hermandad? Parece que no tienes casa. Y yo no respondía. Me quedaba seria y pensaba que no debería de molestarse tanto si total, la iglesia también era mi casa. Aquí siempre me sentí muy a gusto viviendo experiencias y teniendo privilegios que hoy sé que no todo el mundo llega a tener a su alcance y que para mí han sucedido como la cosa más natural pues han venido dados como consecuencia del día a día. El mayor y más grande privilegio que yo recuerdo sucedió un día en el que Juan con un pañito blanco de algodón me pidió que lo pasara por tu espalda.

Todavía brotan en mí las mismas sensaciones que en ese momento tuve. Cuando evoco ese recuerdo, se me eriza el vello y siento escalofríos porque parece que con las yemas de mis dedos estoy sintiendo tus llagas, tu piel rasgada, todo el mal del mundo marcado con dolor y sangre en tu bendita espalda. ¿Ves Padre lo que antes te decía? Ya me faltan palabras. Porque lo que en mi alma siento al recordar ese momento, no soy capaz de describir con ellas de forma que éstas sean un fiel reflejo de mis emociones. ¿Cómo pudiste Padre soportar aquello? ¿Cómo aguantaste tanto mal sin hacer ni un solo reproche? Es algo para mí incomprensible y pienso que es una pena que pareciéndose los hijos tanto al padre como a la madre, sean muy pocos en tu familia los que han heredado de Ti esas cualidades. Aunque hay algo que sí hemos heredado y es el cariño hacia esa Madre que paciente nos escucha, nos aguarda y ama.

En esta Hermandad he aprendido mucho y ha sido mucho el cariño que he recibido de todos mis hermanos. Hemos convivido en fraternidad y juntos hemos dado grandes pasos. Esta convivencia además, no se quedó nunca entre estas cuatro paredes, pues teniendo los horarios que tenía ese despacho de pan, que más bien era que no tenía horario y el abuelo Juan que cada vez necesitaba más cuidados, mis padres podían ir a pocos sitios y estos hermanos que Tú, Padre, habías puesto en mi vida me llevaban a todos lados. Sobre todo, Ángel y M^a Carmen fueron los que en mayor medida siempre me cuidaron. Juntos íbamos a la piscina, a la playa, a pasar un día en el campo... Donde fueran todos ellos, yo iba como una más y siendo mayor que otros niños y niñas del grupo me encargaba de jugar y entretener a los más pequeños.

Ahora, con el paso del tiempo, echo la vista atrás y me doy cuenta de cuántas cosas valiosas aprendimos y cuántas experiencias, que serían parte de nuestra personalidad aun formándose compartí junto a personas muy importantes y queridas para mí y como luego, nosotros, montando belenes, un coro en la hermandad, haciendo turnos en el puesto de chuches del cine y ayudando a los miembros de junta en todo lo que podíamos, sin darnos cuenta fuimos enseñando y compartiendo vida de hermandad con aquellos que teniendo menos edad que nosotros, empezaban a participar de todas nuestras actividades y a formar parte del grupo joven que habíamos formado.

Pasa el tiempo y los mayores comenzamos a formar parte de la Junta de Gobierno y a adquirir mayores responsabilidades de las que hasta ahora habíamos tenido, pero sin dejar de participar de nuestro grupo joven, dejando, eso sí, que los que nos seguían en edad se encargaran de los que habían crecido y poco a poco se iban incorporando a este grupo. Pero el tiempo no se detiene y en su transcurso hemos llegado a un punto para mí emocionante porque ahora es mi hijo, Jairo, el que entra a esta casa y busca a los más jóvenes, a quienes considera sus amigos cuando éstos ensayan durante la cuaresma en la cuadrilla de costaleros, para las mayas o para que le echen unos balones en la Lonja para que jueguen con él y sus espadas, lo rabien un poco o les enseñen escondites y algunas trastadas de las que todos antes hemos hecho. ¿Ves Tú, Padre, lo mismo que yo? ¿No te parece que esto es lo más bonito de una relación entre hermanos? El cariño y la forma tan natural en la que transmitimos a nuestros jóvenes todo lo que otros más mayores que nosotros nos enseñaron.

Por desgracia no siempre es todo de color de rosa y es triste pensar en cuántos hermanos se han apartado de esta familia sin que lleguemos a saber en algunas ocasiones por qué motivo se marcharon. Discusiones, peleas, desacuerdos, malos entendidos... los hay siempre entre hermanos y personalmente pienso, que pueden ser positivos y hasta necesarios siempre y cuando los motive la intención de mejorar y llegar a un entendimiento. Porque debemos hacer saber siempre cuál es nuestra opinión y nuestro sentir sobre cualquier cosa

que nos suceda, nos afecte y de la que participemos. Y tenemos derecho a ser escuchados y a ser tenidos en cuenta, pero eso no implica el tener libertad para herir y dañar a un hermano a sabiendas. Todo lo contrario. Aquellos que compartimos un mismo padre tenemos la obligación de como mínimo, respetarnos. Es nuestro Padre el que más sufre con la pérdida de uno de sus hijos y casi siempre ocurre por un mismo motivo: entre hermanos no quisieron entenderse, ni ceder, ni guardarse el orgullo ni arreglar un desencuentro.

Es en Navidad cuando habitualmente se reúnen las familias pero aquí la Navidad llega con la Cuaresma. Para esa fecha todos aparecemos por casa. Y Tú te alegras al vernos aparecer y te conformas cuando intentamos excusar nuestra ausencia durante todo el año: el trabajo, los niños, los compromisos no siempre tan ineludibles... Pero durante esos días y en especial el más importante para nosotros, el Jueves Santo, Tú te afanas en buscar siempre a ese hijo que sabes que está disgustado para darle tu cariño, para acercarlo más a tu lado. ¿Qué culpa tienes Tú de las cosas que se traen si son entre hermanos? ¿Acaso no podemos ser capaces de hacer a un lado aquello que nos incomoda y desagrada para poder acompañarte un rato? Y en otras ocasiones, ¿tan ciegos estamos que no podemos ver que mi hermano se siente incómodo, que la situación no es de su agrado? ¿No puedo hacer yo algo para aliviarle ese malestar y que poco a poco cambien sus sentimientos? Comprendo que todo esto es muy complicado. Pero somos una gran familia, y lo más importante debería ser llegar a mirarnos y querernos como hermanos.

El Jueves Santo nos unimos para dar testimonio de fe. De esa fe que de ti, Padre, hemos heredado. ¡Qué sentimientos tan profundos alberga mi alma de cada Jueves Santo!, cuando revestida con mi túnica de nazarena en tu salida, yo te acompaño. Nunca pude imaginar, siendo tan niña, que esa ropa con colores azul y blanco pudiera tener en mi vida tanto significado. Tanto es así que Miguel, ese al que Tú conoces tanto como a mí, pues desde que venía a ayudar a D. Andrés como monaguillo en la misa del domingo, de aquí nunca ha faltado y esta hija tuya, quisimos que nuestros hijos Jairo y Emma vistieran la túnica y capa blanca como traje de bautizo. Creo que este gesto dice y resume lo que para nosotros significa nuestra Hermandad.

Es nuestra Hermandad la parte más cercana en la fe de esa gran familia a la que pertenecemos llamada Iglesia. Y es en esta Hermandad y Contigo donde intentamos seguir tus pasos, siendo la salida del Jueves Santo el símbolo que utilizamos para dar testimonio al mundo de que en Ti creemos y que queremos cumplir con todo lo que nos has enseñado. Seguimos tu llamada y caminamos junto a otros creyentes que buscan a Dios siguiéndote en Espíritu y en verdad. Es la cofradía un reflejo de la vida misma. Es increíble ver cómo en un espacio de tiempo tan reducido, pueden llegar a ocurrir tantas cosas y observando un poco, poder aprender algo de cada una de ellas: cómo ayudar a un hermano que se encuentra enfermo, cómo animar a ese que se encuentra cansado para que pueda continuar hasta el final, cómo vigilar atentamente para que ningún pequeño se aparte del camino y se pierda, cómo trabajar codo con codo con otros hermanos para que todo discurra felizmente consiguiendo salvar entre todos los contratiempos que nos vamos encontrando...

Aprendemos a confiar en aquellos que nos guían: capataces, celadores de tramo, fiscales de paso, diputado mayor de gobierno y también estos aprenden a confiar en aquellos que les ayudan y apoyan. Y yo me pregunto Señor, ¿somos en nuestra vida capaces de confiar tan ciegamente en alguien en la misma medida que lo hacemos cada Jueves Santo? A veces pienso que nuestra vida se llena de demasiadas decepciones que nunca llegamos a asumir y superar y que por ese motivo nos falta confianza y capacidad de perdón hacia nuestros hermanos. Creo, que a veces nos centramos demasiado en lo malo que nos ha pasado y se nos llena el alma de una mala entendida dignidad que nos impide superar esas desilusiones y

ponernos del otro lado, en el lado del que se equivoca y comete errores, en el lado del que al caer nos ha dañado. Antes de magnificarlo todo, deberíamos intentar respirar hondo y pensar, porque no siempre el daño causado y los errores cometidos son intencionados.

Recuerdo la primera vez que ocupé el puesto de celadora de tramo en la cofradía. Pasando por la puerta de Mingalarios resbalé con un vaso de plástico y caí en medio de la calle a todo lo largo. En ese momento, no sé de dónde, apareció Ángel Dana que me dio la mano y me ayudó a levantarme y continuar mi camino. ¿Ocurre esto en nuestro día a día? Cuando fallamos y caemos, ¿se presta alguien a ayudarnos?

Y nosotros, ¿somos capaces de levantar al hermano que ha caído a nuestro lado? ¿Llegamos a discernir que resbalar y caer le puede pasar a cualquiera, a nosotros mismos y que deberíamos hacer todo lo posible por ayudarlo? En esta misma línea existe otro matiz: el saber pedir ayuda. También es importante. Hay ocasiones en las que las dificultades que nos asaltan no se muestran sobre un libro abierto y como ninguno tenemos el don de la adivinación, no podemos hacer nada por otro que no consigue ser un poco más humilde y decir: *“Yo sólo no puedo”*. *“Te necesito”*.

Son muchas las ocasiones en las que nos sentimos solos y confrontados con nosotros mismos, con nuestro vacío interior, con nuestra impotencia, con nuestra soledad, con el asolamiento a nuestro alrededor y en nuestro propio corazón. Tropezamos con nuestras propias limitaciones y casi siempre le echamos la culpa a los demás. Pero qué te voy a contar yo de todo esto a Ti, Padre, si todo esto que yo pienso lo sufriste Tú en tus propias carnes.

Pediste ayuda a tus apóstoles y ellos te acompañaron y ayudaron a difundir tu mensaje y a crear la iglesia, perdiste las buenas formas al echar aquel día a los fariseos del templo, sufriste el desprecio de otros y la negación de tu amigo más querido y pediste perdón en la cruz para aquellos que te habían torturado y humillado. Tú eres nuestro Padre y lograste salir fortalecido de todos estos lances, reconociendo tus pocos errores, ayudando a todo el que lo necesitaba, pidiendo ayuda cuando lo creíste conveniente y solicitando perdón para nuestras almas. Ilumínalas Padre y haznos dignos herederos de tus enseñanzas.

¡Qué bien me encuentro a tu lado! ¡Cuánto significa para mí ese diálogo que siempre nos traemos y en el que sobran las palabras! ¿Sabes? Voy a confesarte algo ahora que estamos solos y nadie nos escucha. Lo que por Ti siento y Tú me provocas nunca me ocurrió con nada ni nadie y es que Contigo siento especial debilidad. Será como todo el mundo dice que los niños son de las madres y las niñas de los padres y que por eso Contigo siento un vínculo tan especial. Aunque, no estoy muy segura de que esta regla se cumpla siempre porque Jairo por Ti siente predilección.

¿Recuerdas hace tres años, lo que sucedió en el último ensayo? ¿No? Jairo, que siempre acompaña a tu cuadrilla de costaleros en sus ensayos, se acercó con su amigo José Antonio a la puerta de la iglesia para ver entrar la parihuela del palio, mientras que tu cuadrilla descansaba antes de llegar a la plazuela. Un costalero del palio al verlo con su costal y su faja le dijo: *“-Oye, ¿tú vas a ser costalero del palio?”* A lo que él un poco indignado y muy serio contestó: *“-No. Yo soy costalero del Cristo”*.

Y es natural que le ocurra esto porque desde antes de salir a este mundo ya ha vivido experiencias inolvidables Contigo. Bueno, inolvidables para mí y estoy segura que dentro de él, en su inconsciente, las debe tener grabadas. Su primer Jueves Santo lo vivió dentro de mí y cada vez que alguien lo coge para que llame a tu paso cuando el prioste anda con su montaje,

no puedo evitar pensar que la primera vez que llamó, lo hizo conmigo, escuchando las palabras tan bonitas que pronunció Macedo y con Carlos Dana a nuestro lado. Agradeciéndote que por fin nos concedieras la dicha de su llegada y cómo al salir de esta iglesia y quedarnos con Paco Dana en el cancel para esperar a que pasara la banda, al compás de los tambores comenzó a moverse tanto, que Paco con cara de asombro y preocupación me dijo: “-¡Niña!, ¿has visto cómo se te mueve la barriga?, ¿está bien el niño?” Y ¡vaya si estaba bien! .Yo creo que en toda su salsa. Además de seguirte durante toda la tarde, en Santa María rezamos el Santo Rosario y luego continuamos acompañándote hasta que estuviste de vuelta en casa.

Pasó un año y ya en este mundo, vestía túnica de nazareno. En esa Semana Santa, todas las hermandades de la Archidiócesis de Sevilla ofrecimos nuestra estación de penitencia por la defensa de la vida no nacida y Jairo, tuvo el honor de acompañar a pedir la venia, pues nuestra Hermandad quiso convertirlo en símbolo de lucha por esta causa.

En fin, no te sigo contando porque no terminaría en horas si tenemos que recordar tanto: su primer gran panete se lo hizo en la Lonja durante una comida de costaleros, las veces que lo han subido a tu paso y lo quieto que se quedaba sentadito a tu lado mientras los hermanos lo adornaban con bonitas flores para la salida o el día que quiso venir a enseñarte a su perrita “Coca”. Muchas experiencias tuyas y nuestras, de su padre y mías, de su madrina, de nuestros amigos, resumiendo: de esta familia de hermanos.

Y con la llegada de Emma, volvemos a revivirlas y comparamos y estas vivencias que les pertenecen a ellos, nosotros nos las apropiamos. Lo hacemos porque son hermosos momentos que hemos compartido y que nos recuerdan lo que debe ser una hermandad: la unión de personas que desde el afecto, el respeto y la comprensión luchan por seguir tus enseñanzas sin olvidar nunca los tres pilares fundamentales que estamos obligados a atender: culto, caridad y formación. Entregarnos a la voluntad del Padre diciendo sí a aquello para lo cual Dios cree que uno es capaz, reconciliándonos con nuestro propio destino.

Creo que ya es momento de despedirme hasta otro ratito. Entonces nuestra conversación volverá a ser como siempre, sin palabras. De esa forma es como mejor nos entendemos.

Hasta entonces, piensa en todo lo que hoy te he dicho y si en algo no llevara razón, ayúdame para que la luz llegue a mi entendimiento y a mi corazón. Tú sabes qué es lo que más nos conviene y necesitamos. Hemos de aceptar todo lo que venga de Ti. Te confiamos nuestro corazón y nuestras manos para poder mirar la vida y las cosas más allá de nosotros mismos, porque lo nuestro es la fraternidad.

Padre, nos ponemos en tus manos sin medida, con infinita confianza. Acompaña nuestro discernimiento, cólmanos de esperanza, muéstranos tu misericordia y acógenos sin reservas porque Tú eres nuestro Padre.

María José Rodríguez Martín
21 de marzo de 2015